RELIEVES

POR M. ARTIGAS

En todo taller, por modestas que sean las obras que de él salen, van quedando arrinconadas piezas poco pulidas, fragmentos que no se pudieron aprovechar a su tiempo, residuos y relieves de las más diversas procedencias que, sin ser de importancia, tal vez, puestos a la luz, puede aprovecharlos algún curioso.

Hoy quiero sacar al aire libre de la estampa juntas, unas notas de erudición, archivadas y fuera de sazón, que por sí solas no dan materia para trabajos de importancia.

D. Ramón Cabrera.

En una copiosa y amena correspondencia de Gallardo con su díscipulo gaditano D. Tomás García Luna que se publica en el *Boletín de la Real Academia Española,* se nombra varias veces al Académico D. Ramón Cabrera. Gallardo, tan avaro de elogios, le reconoce mérito y prolijos estudios en cuestiones de etimologías. Acaparador insaciable, cuando sabe su muerte quiere husmear en sus papeles y mamotretos.

No sabemos si logró hacerse con ellos. Sí sabemos que estuvo en correspondencia epistolar con él y que algún que otro papel del famoso autor consiguió que pasase a sus carpetas.

Entre los míseros restos de los papeles de Gallardo que han quedado, he visto estos dos autógrafos de Cabrera que transcribo:

«El Sr. Gallardo posee un ejemplar de las Introductiones in linguam latinam de Antonio de Lebrija, impreso en Sevilla el año 1483

Suplico a dicho Sr. se sirva tomarse la molestia de ver si el ejemplo que se pone sobre el ablativo absoluto, lib. 4,

Cap. 12 dice: *Rege Fernando, Munda in deditionem christianorum venit*; o si en lugar de esta última cláusula se puso: *munda cristianitas venit.*

Al fin de la misma edición se agregaron algunos opusculillos en versos latinos: quisiera saber de qué tratan.

R. C.

[Gallardo añadió de su letra] *Sevilla* 14 *de Nov.* 1829.

«La principal variación que se ha hecho en la *Gramática de la Academia,* está reducida al capítulo de géneros. Para esto la Academia se tomó el trabajo material de leer de principio a fin su Diccionario, y en seguida el de ir colocando los nombres, cada uno de ellos en la clase que le correspondía.

Todos estos materiales con varias adiciones y correcciones, se pasaron a D. Manuel Valbuena, para que los extendiese e intercalase en la Gramática; el buen Valbuena lo hizo en efecto como Dios le dió a entender, y con estos materiales, introdujo también todo lo que tenía en sus mamotretos.

La antigua Gramática, aunque sumamente diminuta, no estaba mal hablada; la nueva, que a pesar de lo añadido no ha dejado de ser diminuta, está hablada con un lenguaje pesadote, y no sé si diga chavacano. Cuando la leo, se me figura que oigo a un Dómine instruyendo a sus discípulos.

Después de lo muchísimo y bueno que se ha escrito sobre gramática, debe mirarse como una herejía gramatical la declinación o retahila de casos que se pone en nuestro idioma, en el que solamente los pronombres son declinables: es también herejía gramatical confundir el sustantivo con el adjetivo, siendo, como son, dos partes de la oración muy diversas.

Nada de esto ignora la Academia, y hace tiempo que ha pensado en componer una Gramática tal cual corresponde a la era presente; pero una empresa de semejante naturaleza pide más tiempo de lo que comunmente se cree, y pide también personas que quieran trabajar *gratis et amore* en materias de que debe resultarles poca gloria».

[De letra de Gallardo]: Sevilla 6 de Diz. 1828.

Ramón Cabrera.

Cernúsculo de Guzmán.

Cuando escribí la introdución al *Teatro inédito de Quevedo* que imprimió la Real Academia Española (1927), al tratar de la comedia titulada *Bien haya el que a los suyos se parece,* que se guarda en un precioso libro manuscrito del siglo XVII como uno de los varios *Fragmentos no impresos hasta hoy de Don Francisco de Quevedo... Recogidos por un aficionado para los discretos,* di por bueno sin más cabilaciones el parecer de Fernández Guerra que suponía disfrazado a Quevedo con el pseudónimo de *Don Luis Cernúsculo de Guzmán.* A la verdad el tal *Cernúsculo* era para hacer creer en pseudónimos al más excéptico. Y sin embargo, a los pocos días de estar el libro fuera de la imprenta, supe que Cernúsculo fué hombre de carne y hueso, y por añadidura poeta. La primera noticia —lo confieso paladinamente—la leí en el curioso volumen de mi amigo Vegue y Goldoni, *Temas de Arte y de Literatura.* Noticias amables del mismo Vegue y un poco de rebusca en libros y revistas, me han proporcionado noticias y datos más que suficientes para poder asegurar que *Cernúsculo* o *Cernúscolo* pudo muy bien escribir, él mismo, la comedia atribuída a Quevedo. La cronología, las aficiones, el lugar todo está en su favor.

Esta aparición inequívoca, para mi un poco tardía, me obliga a volver sobre el tema; aunque solo sea para rectificar la equivocación ya que nadie públicamente, que yo sepa, la ha rectificado.

No se puede negar la posibilidad de que Quevedo firmase con nombre supuesto, aunque real, una obra literaria propia. Recuérdese lo que hizo Lope con el Orfeo firmado por su amigo Montalbán. Sin embargo, aunque posible, no es probable. La hipótesis que para apoyar el pseudónimo en este caso concreto aduje entonces: que estando desterrado no podía firmar en Toledo una pieza dramática si la entregaba o vendía a un autor de comedias, tiene muy poca consistencia; porque más fácil le hubiera sido cambiar el lugar de la fecha y hasta el día, el año, o por lo menos tan fácil como lo otro y menos comprometido.

Por el contrario, el argumento de que tenga parecido con el teatro de Lope no es tampoco de fuerza para negarle la paternidad; pues hombre era Quevedo capaz de asimilarse maneras y estilos.

Lo que es indudable, sea o no suya la comedia, es que tiene clara y evidente influencia quevedesca en los pasajes que allí señalé.

Espero que los investigadores toledanos, que no faltan, y que saben muy bien su oficio, reconstruirán la biografía y bibliografía de D. Luis Cernúsculo de Guzmán, quien acaso por una serie de equivocaciones que empezó en el discreto aficionado del XVII, colector de los fragmentos inéditos de Quevedo, recupera ahora una pieza dramática que de otra suerte es posible que jamás se hubiera recordado.

Pero Vázquez de Escamilla.

Sin salir del *Teatro inédito de Quevedo* y refiriéndome al personaje que da título al precioso fragmento publicado, acaso debí recoger más alusiones del mismo Quevedo y de otros escritores, como Lope por ejemplo, al famoso rufian. No debí omitir tampoco, para completar la figura del héroe, sólo esbozada en la incompleta *representación* de Quevedo, las noticias extensas y curiosas que acerca de él nos da Céspedes y Meneses en la *Varia fortuna del Soldado Píndaro.*

Como es materia amena y graciosa, copiaré aquí las noticias de este libro sobre aquel Presidente del colegio del Corral de los naranjos de Sevilla.

He aquí cómo conoció el soldado, ya dispuesto para pasar a Indias, al bravo Escamilla, a aquel popular Pero Vázquez.

con quien destetan
en Sevilla a los muchachos.

«Desplegamos las hojas, y aún las manos, con tan buena fortuna, que en dos días, sin tres pelos de barba, se nos daba lugar en el Corral de los naranjos, digo entre los oficiales de la muerte, ministros del Dios Marte. Era entonces Archimandrita de este grande Colegio, Afanador el Bravo, natural de Utrera; Presidente el famoso Pero Vázquez Esca-

milla; y Senadores Alonso de la Mata, Félix Miguel de Silva, Palomares, y Gonzalo Geniz; mas no así de rondon nos admitieron en esta Cofradía, sus ciertas circunstancias hubo en mi conocimiento. Salímonos mi camarada y yo una tarde paseando por la Puerta que llaman de la Carne, y al atravesar de San Bernardo por el camino que va a Porta-Celi, yendo parlando con ciertas ninfas, vimos, que a largo paso se emboscaban dos bravos por los callejones de las huertas, y un gran rato después, que con algún desasosiego, guiaba había la misma parte, Pero Vázquez Escamilla. Tenía yo a este hombre (aún sin haberle hablado) ya por el desvanecimiento de mi negra valentía, ya por las muchas que de él se referían, particular afecto, y deseaba lance, que me le conociese, como se ofreció al presente, y tal, que pudo desempeñarle mi deseo. Juzgué, y juzgamos el caso por pendencia, y sin más reparar, dejando a don Francisco (que por venir sangrado, en vez d eespalda traía al cuello una banda) disimuladamente le comencé a seguir, hasta un espeso olivar, a cuya entrada divisé, de los que primero pasaron, tan solamente al uno, el cual viendo a Pero Vázquez, le embistió con un buen brío, aunque con gentileza, porque lo que Dios no permita por ningún bautizado, era el señor con perdón de las barbas honradas que nos oyen, lo que llamamos Zurdo. Luego en viendo su mengua, le pronostiqué una desdicha: no hay sobre escrito más patente de que uno es mal nacido ni señal tan segura de su ruín natural, como mandarse a zurdas, o no saber leer y escribir. Finalmente de conformidad se acometieron con bizarría, admitiendo su embite Pero Vázquez con tanto señorío, que cual si fuera una flaca mujer, desbaratado con una punta, y otra, le echó a rodar. Qedósele la espada como un cayado, y mientras él quiso enderezarla, su contrario, que tenía ya por muerto, se puso en pie, dándome a entender que venía bien armado. Mas todo lo hubiera menester, y no bastara, porque cierto Pero Vázquez (si no le desdoraran ciertos malos respetos) era valentísimo hombre. Pero a esta hora, viendo el que estaba escondido la mala suerte de su camarada, salió de improviso por detrás de un vallado, y puso

el suceso en grandísima contingencia, y al enemigo en evidente riesgo.

Ríome y con razón, de los que sin más larga experiencia blasonan, atropellando con la lengua montañas de hombres; pues es sin duda, que dos poco briosos bastan a contender con el mismo Hércules. Esta superchería, escalentó mi cólera, que no necesitaba de muchos brindis; y dando a Pero Vázquez una voz, para que se guardase del que venía sobre él, yo, corriendo una pieza, me igualé con su lado; y sin poder compasarme en sazón, me arrojé entre los dos a tiempo que cuando lo advertí por mi daño, fue resentido de un piquete en la frente: mas bien breve quedamos satisfechos, dejando a pocos lances tendido al suyo Pero Vázquez, y yo al mio cejando contra el Monasterio vecino. Seguíle cuanto perseveró el coraje, y no se si pasará de los sagrados límites, si al arrimarse a Porta-Celi, viéndose acosado, no me arrojara la capa y espada por aligerar la persona. Estos despojos llevé contento a los pies del nuevo conocido, que me abrazó con voluntad notable y concertando en vernos en Triana, él fue campo traviesa hacia la Trinidad, y yo a ponerme en cobro, que lo podía bien hacer, por ser entonces muy poco mirado, y advertido...

Con que al anochecer me vi con Pero Vázquez, y trayéndole a la torre y corral de los naranjos, entendí de su boca, que por razón del juego, se habían desafiado; y yo quedé introducido allí desde aquella batalla, y en predicamiento, y número de jaque».

El mismo Quevedo dió noticia de la muerte de Escamilla:

«De enfermedad de cordel,
Aquel blasón de la espada
Pero Vázquez de Escamilla
Murió cercado de guardias»

Céspedes detalla algo más este suceso y de paso da cuenta de algunos hechos notables del héroe:

«Casi se me iba olvidando los que padecieron entonces mis cuatro amigos viejos. Pero Vázquez, Geniz, Felices, y el Mulato: supe, que del primero (cuando llegué a Sevilla)

había hecho justicia el Asistente, Marques de Montes claros, acumulándole lastimosos insultos, muertes asesinas, robos y estafas sin medida. Era Pero Vázquez valiente, temerario, y soberbio, y sus supercherías traía cuidadosos a muchos. Entró una noche en cierta casa de gula, y habiendo cenado, y hecho de escote más de cien reales él y sus camaradas, uno de ellos, que venía de concierto, sobre asentar la cuenta, tuvo palabras con el huésped, hasta llegar a desmentirle. Fingió entonces haberle pesado de su descompostura a Pero Vázquez, y queriendo reprehender al actor, alabando el buen trato de su casa, y volviendo a sabiendas por el dueño, se encendió, entre los dos amigos una mortal pendencia, en la cual embistiéndose al punto, a las primeras idas y venidas cayó el compañero, echando de la garganta y boca, espadañas de sangre y dando dentro de breve espacio tres boqueadas. Tal fué, según el parecer, el fin de la tasquera, después de la cual, no sin gran turbación, viéndose en tal peligro, cerró el pobre figón, su casa, y comenzó luego a despejar y poner en cobro las alhajas y bienes para escapar de la justicia.

No estaban más testigos de fuera, que Pero Vázquez, y los suyos, por ser la media noche, y porque cautamente se habían esperado y detenido hasta aquella hora. Y así más a su salvo, viendo el alboroto de la gente; tomó a una parte el huésped, y concertando el daño venidero en doscientos ducados, se obligó a hacer callar con ellos a sus camaradas, y sobre todo a dar con el difunto cuerpo en Guadalquivir. Miró abiertos los cielos el que tal escuchaba, dióle al punto el dinero, y entre una, y dos de la mañana los unos tomaron al compañero a cuestas, y los otros aseguraron las esquinas, dejaron al huésped tan agradecido y tan consolado, que creyó le habían así de todo redimido su hacienda. Pero Vázquez y sus amigos, en llegando a la Torre de la Iglesia mayor partieron dulcemente los ópimos despojos dando al hermano muerto, que revivió a esta sazón un tercio más de parte, por lo bien que había finjido y representado su figura, y puéstose en la garganta artificiosamente una tripa de sangre, tramoya que inventó su malicia, y aprovechada a tiempo, como ya habéis oido, realzó de punto los quilates de esta tragicomedia.

No fue la que se sigue de menor artificio. Tuvo noticia de un Mercader muy rico que con fama y opinión de Morisco se había venído desde Valladolid a vivir a Sevilla. Supo su casa y tienda, y pensando otro embuste, con sus tres camaradas se fue una tarde a ella. Pidió, llevando consigo un sastre, que le mostrase paño para un vestido e hizo sacar para ello diversas piezas de Baeza y Segovia; y andando entre unas y otras escudriñándolas, sin ser visto ni oido, escondió en los dobleces de la que mejor le pareció, una caja cerrada y mandó volverlas a la percha, diciendo, que no le agradaba ninguna. Con esto dió la vuelta a otras tiendas, y en conclusión no tornó a la primera hasta el siguiente día, en quien muy de mañana, porque no hubiese gente, volvió a plantarse dentro, y a revolver los paños, y pidiendo unas piezas, y desechando otras, nunca se satisfizo menos que con la misma que ocultaba el secreto embeleco, de allí ordenó, que comenzasen a medirle, y no paró hasta que dió en el doblez donde escondió la caja, que era bien plateada, aunque de hoja de lata. Tomóla el sacre, fingiendo admiración, y alabando la hechura hizo muestras de abrirla; pero cayendo entonces de hocicos el codicioso Mercader, reprobando en él tanta curiosidad, y juntamente el entremetimiento de su hacienda, y creyendo que la caja encerraba algún rico tesoro, se abalanzó por ella, diciendo a Pero Vázquez, que no la abriese, ni tocase, porque estaban en ella cosas que importaban no verse. Mas como el cauto artífice sólo se esperaba a este punto, a que con razones, y afectos semejantes confesase ser suya; apenas la soltó de la boca, cuando descubrió la cajuela hallando dentro bien diferente joya de la que presumia el Mercader. Era esta no menos que un Mahomita de oro, digo sobredorado, con la Luna a sus pies, el Alcoran en la mano, y otras diversas circunstancias que agravaban el caso. Quedó muerto el Morisco, y todos los circunstantes camaradas espantados, y absorto paso la suspensión; y el autor de la máquina levantando la voz, comenzó a malltratar al Mercader, y entre agravios e injurias a decir, que fuesen a llamar a la justicia. Aquí fue el lamentarse el triste Arábigo, y el llorar, y el gemir, y aun el negar a pie juntillas la posesión y sabiduría de la caja, que poco

antes había su avaricia confesado. Echóse a los pies de Pero Vázquez, imprecó la intercisión, y ruegos de los cautos amigos, y en conclusión ofreció, sin pedírselo, satisfacer con larga mano su silencio y secreto. No venían a otra cosa, ni el cristiano nuevo estimó en una paja cuatrocientos ducados que dió por su rescate con lo cual y otros semejantes insultos, acumulados a sus graves delitos, y a una gran resistencia que hizo al propio Asistente, fue puesto a Pero Vázquez en manos del verdugo, padeció por justicia...